

José Ingenieros y la cultura española. Una visión psicosocial

Helio Carpintero

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Resumen

José Ingenieros (1877-1925), famoso filósofo y psicólogo argentino, escribió en 1916 un interesante estudio sobre «La cultura filosófica en España». En él analiza los fundamentos filosóficos de la mentalidad española moderna, y su conflicto con las fuerzas argentinas que promovieron la independencia de este país a comienzos del siglo XIX. Conservadurismo e ilustración jugaron un papel decisivo en dicho proceso, y determinaron la evolución de la filosofía española moderna. Ingenieros se interesó también por la aparición en España de un grupo de mentalidad más abierta y liberal, con el que él mismo estuvo en estrecha relación. Su estudio es un análisis de movimientos y mentalidades culturales, dos temas centrales en el conjunto de su obra, y da ciertas claves del modo como la metrópolis española influyó en las naciones que surgieron como unidades independientes tras la caída del imperio colonial español moderno.

Palabras clave: José Ingenieros, pensamiento español, pensamiento hispanoamericano, psicología de mentalidades históricas.

Abstract

José Ingenieros (1877-1925), the well-known Argentinian born philosopher and psychologist, published in 1916 an interesting study on «The philosophical culture in Spain». Throughout its pages, he analyzed the philosophical background of modern Spanish mentality as well as its conflict with the forces leading to the independence of Argentina in the 19th century. Enlightenment and conservatism played a substantial role in this process, and also determined the evolution of philosophical culture in modern Spain. Ingenieros was also deeply interested in the advent of a more open mentality in Spain, with which he maintained a close relationship in the early days of the 20th century. Ingenieros' research is both a study on cultural movements and social mentalities, two central topics in his work, and it gives a clue on the ways the Spanish metropolis influenced the new Latin-American societies emerging through the breakdown of Spain's old colonial empire.

Keywords: Jose Ingenieros, Spanish thought, Latin-American thought, psychology of historical mentalities.

* Correspondencia: Real Academia de CC. Morales y políticas. Plaza de la Villa, 3. Madrid 28005. España.

La figura de José Ingenieros representa un momento esencial en la constitución de una psicología científica latinoamericana, dentro del cauce abierto a la nueva ciencia a finales del siglo XIX por Wilhelm Wundt y algunos otros pioneros del mundo occidental.

Se trata de uno de los iniciadores de la psicología científica en Latinoamérica, y además un intelectual abierto a los desarrollos de la cultura europea de su tiempo (Ardila, 1971). En él se da, con toda nitidez, el enlace de los nuevos horizontes de problemas americanos con la matriz intelectual europea, latina por más señas, básicamente apoyada en la tradición italiana y la cultura hispánica, ambas muy presentes en su obra y en su mente.

Un capítulo interesante en relación con sus raíces europeas lo constituye su estudio acerca de *La Cultura Filosófica en España* (1916). Es éste, entre su amplia producción escrita, un trabajo que merece todavía hoy algún comentario. Está por ver el papel del mismo dentro del proyecto general que guio su vida de pensador, y científico. Sin duda, no fue un mero trabajo docente, ni un resultado marginal de alguna otra ocupación más central. En todo caso, representa un nexo explícito entre el mundo argentino y el español, a comienzos del siglo XX, cuando todavía ambos países se hallaban entre sí alejados espiritualmente, y aún resonaban algunos ecos del proceso de independencia vivido por el país del Plata (Carpintero, 1993).

Este libro, dedicado a la cultura española, le llevó a valorar el movimiento regenerador que se había producido en España desde finales del siglo XIX, y que él iba a interpretar, al menos en parte, como una nueva reacción frente a la dominación secular ejercida por la Iglesia católica sobre el pensamiento del país.

Es muy interesante el conocimiento histórico que ofrece del pasado español, así como las numerosas referencias hechas a un amplio grupo de intelectuales contemporáneos de corte europeísta en estas páginas. Resulta evidente la afinidad del científico argentino con los nuevos grupos de investigadores, escritores y filósofos que se iban formando en la sociedad española, lo que sin duda contribuyó a consolidar una cooperación en el campo de la psicología y la criminología, en que Ingenieros realizó una importante obra.

LA FIGURA DE INGENIEROS

José Ingenieros, de familia italiana, nació en Palermo (Italia) en 1877, y murió en Buenos Aires, en 1925, aún no cumplidos los cincuenta años. Wikipedia describe el carácter polifacético de su personalidad del siguiente modo: «Médico, masón, psiquiatra, psicólogo, criminólogo, farmacéutico, escritor, docente, filósofo y sociólogo italo-argentino». Podrían quizá añadirse otros rasgos, como su condición de historiador, ensayista y político, activo miembro del partido socialista en su juventud, y figura relevante en el movimiento de Reforma universitaria ocurrido en la Argentina en 1918 (Bagú, 1963).

Tuvo en su niñez una formación singular, incitado hábilmente por su padre a la lectura de obras filosóficas y políticas so pretexto de corregir sus pruebas de imprenta, que le permitían ganar algunos dineros con que satisfacer sus pequeñas necesidades. Una temprana inquietud social le llevó a adherirse a la ideología socialista, a la que dio expresión en un breve texto escrito a sus veinte años (Ponce, 1977).

Instalada su familia en Buenos Aires siendo él aún muy niño, se formó en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y más tarde, en la universidad de la capital, como médico y farmacéutico, dando así cauce a sus deseos de cultivar la ciencia positiva de la naturaleza. En sus días de estudiante fundó un periódico, *La Reforma*, en que difundía el pensamiento socialista. Cuando se creó el primer partido socialista argentino, él vino a ocupar la secretaria del mismo (1895). Mantendría durante toda su vida una atención permanente a los problemas sociales de la nueva nación, cuyo rápido crecimiento y potencial económico generaron en él continua preocupación e inquietud (Vezzetti, 1988). Tras licenciarse, hizo su tesis doctoral sobre un tema de honda raíz nietzscheana, la simulación en la lucha por la vida. A partir de ahí, se prolongaría una línea de pensamiento que tiene que ver con los aspectos de la simulación dentro de la vida social, tema con implicaciones tanto en el mundo de la criminalidad como en el de la locura, dos campos a los que dedicó gran atención como profesional, bajo la influencia inicial de los psiquiatras José M^a Ramos Mejía, y Francisco de Veyga (Ponce, 1977). Su identidad profesional se fue así concretando en torno a la psiquiatría y la criminología, como especializaciones interrelacionadas en torno al conocimiento de la mente humana patológica.

Recién graduado, fue nombrado jefe de la Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Facultad de Medicina de la capital, y en 1904, obtuvo la suplencia de la cátedra de psicología experimental en la Facultad de Filosofía y Letras, donde era catedrático Horacio G. Piñero. Pasaría a ocupar esa cátedra en 1908. También dirigió el servicio de observación de alienados de la policía de Buenos Aires, así como el Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires.

En 1902 inició la publicación de los *Archivos de psiquiatría y criminología*, que se editaron durante más de una década. Esta época ha sido, en opinión de Aníbal Ponce, un momento muy brillante de la psiquiatría argentina en sus comienzos (Ponce, 1977). La publicación, además, tendió un puente importante entre la comunidad de especialistas de aquel país, y la de algunos países europeos, entre ellos España, algunos de cuyos miembros fueron invitados a colaborar en la nueva empresa. Muy probablemente, su presencia en el V Congreso Internacional de Psicología, celebrado en Roma en 1905 (Ingenieros, s.a.), le facilitó su aproximación a los especialistas europeos, y nuevos contactos con personas interesadas en la criminología, disciplina que se hallaba en pleno florecimiento.

Pero fue sin duda su larga estancia en Europa, tras su violenta dimisión en 1911 de la cátedra como respuesta al rechazo ministerial de su nombre para una cátedra de medicina legal en Buenos Aires, lo que iba a incrementar sus relaciones con los grupos españoles. De hecho, en 1913 pasó algún tiempo en Madrid, y aprovechó la ocasión para dar a la luz en las editoriales madrileñas su libro sobre *Principios de psicología biológica*, su ensayo sobre *El hombre mediocre*, y su estudio sobre *Sociología argentina*. Ello también le permitió trabar amistad con muchas figuras de la vida intelectual española de la época.

En julio de 1914 regresó a su país. La situación intelectual había comenzado a cambiar. El positivismo dominante en los años precedentes iba dejando paso a nuevas corrientes idealistas, espiritualistas y fenomenológicas (Soler, 1968). «A partir del Centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, crecientemente se multiplicaron las voces críticas hacia aquella nueva psicología de corte experimental y clínico» (Klappenbach, 1999, p. 88). Ponce comentaría que le recibieron con «un silencio cobarde, que había de prolongarse casi hasta su muerte» (Ponce, 1977, p. 45). Se incorporaría a la Facultad de Filosofía, y en ese marco surgió el estudio que deseamos examinar aquí.

Sus ideales progresistas se vieron conmocionados, primero por la Guerra Mundial, luego por la Revolución soviética, de la que se declaró firme partidario. Los acontecimientos le fueron atrayendo hacia las cuestiones internacionales, y decidió impulsar, con otros, un movimiento de unificación de los países sudamericanos. Pero súbitamente su vida se cortó, por una inesperada y rápida enfermedad, cuando aún no había llegado a cumplir el medio siglo.

Dejó una amplia obra escrita. Entre sus trabajos, se cuenta este estudio sobre la cultura española. Veámoslo, en sus líneas generales.

LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA, SEGÚN INGENIEROS

Con ocasión de su reincorporación a la Facultad de Filosofía, dio allí tres conferencias, dedicadas a presentar la historia del pensamiento español, en su evolución hasta el presente. Trató en ellas de «La cultura filosófica en la España Medieval», «La cultura española en la España teocrática», y «La renovación de la cultura filosófica española», tres capítulos de un proceso unitario de historia del pensamiento. Acto seguido, se publicaron en la *Revista de Filosofía*, de Buenos Aires, en mayo y julio de 1916. Ese mismo año las conferencias vieron también la luz, en forma de libro, en Madrid, en una «Colección Cervantes», al parecer de forma no autorizada por su autor. Aníbal Ponce, al editar sus obras completas, hizo pública una advertencia dando las precisiones que acabamos de indicar, sobre el origen y peripecias editoriales de la obra.

No es fácil determinar cuáles sean las diferencias de ambos textos, a primera vista muy semejantes. Las referencias las haremos aquí al libro, si bien compulsando siempre el texto que ofreció luego Ponce.

Recojamos ahora la línea argumental básica que aquí se ofrece. Naturalmente, no es posible, ni tiene tampoco sentido, entrar en el detalle minucioso del panorama histórico concreto que dibuja esta obra. Desde luego, la escala de la representación permite mucho detalle, y la bibliografía, bien seleccionada, recurre a obras no usuales en repertorios y trabajos de esta temática.

La concepción filosófica de su autor era de corte positivista en sus líneas generales. Veía las teorías filosóficas como generalizaciones de la experiencia llevadas a cabo desde unas mentalidades determinadas. Las sociedades influían en esas formulaciones, al tiempo que luego recibían de ellas un apoyo intelectual. Las filosofías nacionales, por tanto, resultarían ser una acabada expresión del estado social vigente, y un indicador de los ideales y metas hacia los que las diferentes sociedades vendrían inclinándose.

Como se ha hecho notar acertadamente, «a partir de la redacción de *El hombre mediocre* las categorías sociobiológicas clásicas... tomarán progresivamente una dimensión metafórica. Ingenieros estaba empezando a configurar una nueva perspectiva ante el fenómeno humano: la histórica y filosófica» (Castro y Blanco, 1998, p. 194).

Movido por tales convicciones, al regresar a su país, se preocupó de precisar las líneas directrices culturales de la Argentina (1914), y completó esa visión con otra análoga de la sociedad española, que acababa de visitar y conocía en profundidad (Ingenieros, 1916). El país argentino había estado viviendo el centenario de su independencia, y nuestro autor, con sus trabajos, buscaba arrojar luz sobre las bases ideológicas de aquel proceso histórico.

A sus ojos, la evolución del pensamiento español ofrecía una estructura relativamente simple. Aquí, como en otros países del occidente europeo, el mundo cultural clásico se perdió, y sobre el mundo romano se instalaron los nuevos pueblos germánicos invasores del imperio, pronto cristianizados. Surgió con ello una nueva mentalidad. La filosofía que se construye en los países europeos medievales ha tenido por base la religión, a la que la razón se ha sometido, hasta que se ha liberado en el comienzo de la modernidad.

En nuestra península, este proceso ha tenido caracteres peculiares. «Desde la irrupción de las religiones monoteístas... hasta la aparición de la escolástica tomista, la península española es la región más interesante para la historia de la filosofía», dice Ingenieros al comienzo de su relato (Ingenieros, 1916, p. 11). Entre otros factores, concede mucho relieve al hecho de que en su espacio histórico han estado presentes las tres grandes religiones monoteístas —judaísmo, cristianismo e islamismo—, y sobre ellas se han levantado unos movimientos de filosofía, las *escolásticas*, que han inte-

raccionado entre sí. Éstas, al cabo, han conseguido recibir el legado filosófico griego cuando, tras una serie de peripecias, se incorpora paulatinamente a occidente por varias rutas a través del mundo árabe, una de las cuales pasaba precisamente por el suelo hispánico.

El proceso de incorporación de nuevas ideas culmina en la hora del Renacimiento. Entonces, el pensamiento hasta entonces guiado por la religión ha comenzado a adoptar nuevos principios crecientemente inspirados por la ciencia natural. Pero, y esto es lo decisivo, esta renovación, ocurrida en casi toda Europa, no ha tenido lugar en España, que se ha quedado al margen del proceso. En su lugar, se ha generado en ella una peculiar organización sociopolítica, que Ingenieros llamará 'teocrática', la cual la habría singularizado y alejado del resto de occidente casi hasta nuestros días, en que las cosas están empezando a cambiar.

Esta historia evolutiva se estructura, como ya va dicho, en los tres capítulos mencionados –edad media, época moderna y mundo contemporáneo–. En la hora presente, tras siglos de dominio de la mentalidad religiosa en la cultura, España parece ya entrar, al fin, en el círculo de la modernidad, gracias a los esfuerzos de una serie de grupos intelectuales activos y eficaces.

Los comienzos del proceso vendrían a situarse en el mundo romano-visigodo, pronto transformado en una agrupación de reinos cristianos tras la invasión árabe. Desde entonces el pensamiento se va a desenvolver a través de una serie de etapas. De acuerdo con el esquema de nuestro autor, en ese mundo cristiano ha habido, primero, una Primera Escolástica, hasta el siglo XIII, de un aristotelismo muy deficiente; luego, una Segunda Escolástica, de los siglos XIII y XIV, donde hay ya un aristotelismo bastante completo, gracias a la recepción de la aportación árabe, en gran medida debida a la obra de los traductores de la Escuela de Toledo. Sigue luego el surgimiento de un Renacimiento antiescolástico, y entonces se produce la escisión: mientras en los países europeos de nuestro entorno se abre camino el racionalismo y la ciencia moderna, en cambio en España estos dos elementos van a faltar, y se va a reconstruir una Tercera Escolástica, hecha de materiales antiguos y convertida en muro frente al progreso.

¿CÓMO SE HA IDO CONSTRUYENDO ESTA HISTORIA?

Sobre las bases de la romanización, y una posterior tinción de arrianismo, se ha edificado un mundo de pensamiento cristiano. A sus raíces pertenecen nombres como los de Séneca, Quintiliano, Osio, pero también el de Prisciliano, figura herética orientada hacia el gnosticismo, al que se presta aquí notable atención. Tras las invasiones bárbaras, y el predominio del arrianismo, se consolida el reino cristiano visigodo donde San Isidoro ha reunido una enorme suma de saber y creado una cierta *escuela*. (1916, p. 22).

La invasión árabe cambió la situación. Nuestro autor destaca entre otros los nombres de Averroes y de Maimónides, centrales en el proceso de recuperación del aristotelismo (1916, p. 36). Pero también reconoce que con la presencia de los árabes, de un lado, y el fraccionamiento de la antigua Hispania, de otro, vinieron a producirse dos hechos decisivos y de largas consecuencias: una tensión política y religiosa frente al mundo del Islam, y una quiebra de la unidad precedente, con la creación de los múltiples reinos cristianos medievales.

El estudio presta particular atención, en el campo cristiano, al mundo castellano y al oriental catalán-aragonés. Este último lo trata con singular cuidado y detalle –a este propósito, no cabe ignorar que por los días en que escribía Ingenieros, estaba ya cobrando fuerza un movimiento nacionalista catalán en la vida española–. Los ve a ambos como «dos naciones, dos mentalidades, dos idiomas, dos organizaciones independientes» (1916, p. 58). Castilla ha tenido más dedicación a la reconquista, y menos a la cultura, aunque Alfonso el Sabio o don Juan Manuel, por ejemplo, son mencionados elogiosamente, y se destaca la gran empresa de la formación de la lengua española. Cataluña, por su parte, tendría un florecimiento filosófico superior, con figuras como Raimundo Lulio (1916, p. 59; pp. 61-64), Arnaldo de Vilanova, Raimundo Sebunde, y otros más, que hacen que se vea como culturalmente superior la zona catalana, en los albores del renacimiento (1916, p. 69).

Al producirse la unidad nacional, Ingenieros piensa que en la nueva nación se vinieron a desarrollar las letras –derecho, historia, erudición– pero no las *ciencias de la naturaleza*; la línea científica y el librepensamiento fueron obstaculizados por la Inquisición (Id., p. 99). En su lugar, se desarrolla de nuevo la Escolástica, que buscaba perpetuar la inspiración del pasado, y al mismo tiempo, los espíritus renunciarán atemorizados a cualquier enfrentamiento con el poder inquisitorial.

Encontramos elogios cálidos de Luis Vives, y también un claro aprecio de los trabajos de médicos y psicólogos como Juan Huarte, Gómez Pereira, o Miguel Servet. Reconoce la significación del pensamiento no filosófico, pero importante, de Quevedo, Saavedra Fajardo y Gracián. Por contra, su juicio es negativo respecto del P. Francisco Suarez y el *suarismo*. Tiene un juicio positivo del mundo de la Ilustración, particularmente de la de los tiempos de Carlos III –con Olavide, Cabarrus, Mayans, etc.–. Y precisa, en nota muy relevante para nuestro análisis, que en otro estudio suyo anterior, ha considerado «el reinado de Carlos III como punto de partida de la revolución económica, política, e intelectual de la Argentina.» Aquel movimiento, añade, «fue vencido en España; triunfó en la Argentina» (1916, p. 165). Volvemos enseguida sobre este punto.

En fin, tras el desastre del 98, Ingenieros advierte que se ha iniciado un proceso de europeización que busca, ante todo, la «nivelación» con Europa (1916, p. 162). Con ello se han generado tensiones con los grupos tradicionalistas, pero ve con esperanza los esfuerzos de las nuevas empresas culturales renovadoras, en cuyo éxito confía.

Algunos de los nombres que aparecen mencionados con cierta recurrencia pueden ayudarnos a perfilar la orientación del trabajo de nuestro autor. Muestra una gran independencia de criterio a la hora de seleccionar sus autores de referencia, y no parece atado a ninguna orientación político-cultural. Así, estima y cita con aprecio tanto los estudios de Rafael Altamira o las obras de historia de la filosofía española de Adolfo Bonilla San Martín, como también muchas páginas de Marcelino Menéndez Pelayo, de quien discrepa en la orientación de fondo.

En general, esta visión aparece fuertemente marcada por la influencia de figuras destacadas del mundo intelectual progresista y liberal. Es notoria la huella de Ramón y Cajal, cuyo nombre se ve como «el más alto que la filosofía científica cuenta en España» (1916, p. 217). También es grande el respeto mostrado a Costa, Giner y la Institución Libre de Enseñanza. De Giner, dice, «un hombre nacido para enseñar y para guiar» (1916, p. 183), y a los hombres de la generación del 98 –Unamuno (1916, p. 214) con su *Vida de don Quijote y Sancho*, y Ganivet (id., p. 208), con su *Idearium español*, y muchos más que habría que seguir citando–.

En una ocasión, acierta a sintetizar muchas de sus críticas en estas breves palabras, llenas de significado al ser pronunciadas por un científico positivista abierto a las ciencias sociales y la filosofía: «Toda la cultura española, desde el siglo XVI hasta el XX, puede simbolizarse en una frase: sobran archivos y escasean laboratorios» (1916, p. 199).

EL SENTIDO DE ESTA EVOLUCIÓN

El sentido de esa evolución, como acabamos de ver, parece evidente: en España ha faltado ciencia positiva y han sobrado letras. Ingenieros no lo dice así, ciertamente, pero su construcción deja ver a las claras una interpretación positivista de esa evolución, que atiende a los estados mentales desde los que se hace la historia para ordenar los hechos (Papini, 1985). Aun sin mencionarla, la «ley de los tres estados» de Augusto Comte –los sucesivos estados teológico, metafísico y positivo por los que ha de pasar la mente humana en su evolución– parece arrojar luz sobre el proceso de la cultura occidental. En efecto, sobre una base religiosa previa, se habrían ido dando pasos en dirección a un pensamiento independiente y crítico, fundado cada vez más en la ciencia natural y en la experiencia positiva. Ahora bien, justamente eso es lo que no ha ocurrido en nuestro país. Aquí se ha producido lo que llama «la unilateralidad mental de España» (1916, p. 105). En ella se habría procurado eliminar todos aquellos movimientos que pudieran debilitar la posición incontrastable de la religión dentro del edificio del estado, entendida aquella de modo rígido y conservador. El estado habría actuado como pieza de mantenimiento de tal sistema de creencias. Se

trataría, en definitiva, del establecimiento de una «dictadura teocrática», obturadora del progreso hacia la positividad (Ingenieros, 1916, p. 81).

Precisamente esa 'dictadura' es la que marca las coordenadas dentro de las que se han desarrollado las líneas esenciales de la historia moderna española. Nuestro pensador se alinea claramente con el grupo de intelectuales que han visto esta historia marcada por la carencia de un pensamiento científico y una filosofía racionalista, y forzada por la Inquisición a someter sus ideas a un control implacable y con penas tremendas ante cualquier heterodoxia. Desde luego conoce y alude en alguna ocasión a la conocida polémica decimonónica de la «ciencia española» donde se debatiera aquella cuestión. Su punto de vista congeniaba con el de los krausistas de la Institución Libre de Enseñanza y los positivistas, y discrepaba de las posiciones conservadoras de autores como Menéndez Pelayo cuyos juicios, dice, habría que leer con muchas reservas (1916, p. 176).

En su opinión, el espíritu inquisitorial habría cercenado los posibles desarrollos de la ciencia empírica natural, al considerar ésta como una amenaza para el cuerpo de creencias promovido por la Iglesia. Paralelamente, se ha potenciado también una unidad nacional, con el idioma español por instrumento, que ha alcanzado un admirable nivel en el mundo del Siglo de Oro. Pero han quedado sin resolver, hasta el presente, los problemas que surgen entre una «España negra» y otra «España que quiere nivelarse con el Renacimiento europeo» (1916, p. 106). Sólo ahora, en el más inmediato presente, parece que empiezan a darse las condiciones que harán posible al fin esa 'nivelación' con Europa y una incorporación a la altura de los tiempos.

Resulta evidente que la peripecia histórica ha ido trenzada al hilo de la evolución de las creencias. El encerramiento en una visión dominada por una religiosidad vinculada al poder político es lo que ha condicionado su desenvolvimiento, ha impedido una modernización del país, y ha favorecido una decadencia económica y política. El horizonte de esa historia viene marcado por esa decadencia de la que habrían ido tomando conciencia a lo largo del tiempo ciertos grupos minoritarios. Los partidarios de la europeización, singularmente los regeneracionistas y los noventayochistas, habrían iniciado, con la modernización, un movimiento de superación del pasado. Pero conviene aclarar qué es lo que ha sucedido, hay que conocer las causas de aquel proceso. Sobre todo ello tiene bastante que decir nuestro psiquiatra en este libro.

LA DECADENCIA Y SUS CAUSAS

En el último cuarto del siglo XIX se multiplicaron las voces que hablaban de la decadencia y la degeneración cultural y moral del país. Ya nos hemos referido a la polémica de la ciencia española; cabría hablar también de los alegatos de Joaquín Costa, Damián Ysern, Lucas Mallada, o los incluidos por Ramón y Cajal en su famoso dis-

curso sobre *Reglas y consejos para la investigación científica*, donde el gran investigador reflexiona sobre el atraso de su patria (Laín, 1978)

El tema de la decadencia corre a lo largo de estas páginas, como explicación que complementa la comprensión de la carencia de una ciencia natural moderna en el país. El autor se refiere al problema en varias ocasiones, aunque no lo convierte en eje de su pensamiento. Y menciona a ese propósito una serie de factores que habrían propiciado aquella.

He aquí su enumeración: «todo se combina para preparar la ruina de la nación: el unitarismo en lo político, la inquisición en lo cultural, la despoblación en la base árabe-judía del país, el parasitismo en lo colonial, el nacionalismo antieuropeo, el imperialismo teocrático» (1916, p. 105).

Examinemos dichas causas. Primero, pues, el «unitarismo político». Ingenieros piensa que nuestro país es resultado de la unificación de una serie de unidades o nacionalidades, enfrentadas entre sí durante la Edad Media, que terminaron por reunirse gracias a la imposición política de los Reyes Católicos. «España –fuera absurdo negarlo– es una coaptación de estados diversos que la geografía peninsular predestina a vivir confederados» (1916, p. 54). La unidad alcanzada en el siglo xv habría tenido algunos efectos adversos: no habría anulado los rasgos de las pequeñas nacionalidades históricas y sociales (1916, p. 54), pero habría tenido como consecuencia «el decaimiento de muchos centros de cultura regionales» (1916, p. 103). Su defecto estaría en no haber promovido un sistema adecuado a nuestra realidad como es el «federalismo»: «Si en alguna parte el federalismo político debiera ser un resultado natural de las cosas, sería en España, lo mismo en la actualidad que en tiempos de los Reyes Católicos» (1916, p. 102). Asume así, pues, la bandera federalista de Pi y Margall, y de muchos grupos regionalistas, ya muy activos por aquellos años en el país.

Ese unitarismo también guarda relación con la posición dominante lograda por Castilla sobre el mundo catalanoaragonés. Vimos ya que este último era un núcleo que a su juicio había estado mucho más cerca del nivel del renacimiento europeo que los otros grupos castellanos, y que habría perdido energía y posición al constituirse el estado nacional (hay unas páginas interesantes sobre la «cultura cataluño-aragonesa», 1916, p. 53 y ss.). En concreto, el haber convertido Madrid en capital habría hecho que se concentrasen las fuerzas de la nación en «un centro puramente político, sin tradiciones de ciencia ni de cultura, propicio solo al florecimiento de la literatura, que ha sido siempre ocupación cortesana» (1916, p. 103). El centralismo capitalino habría sido un factor más dentro de la colección de causas que han podido generar la decadencia.

La construcción de la unidad se habría hecho mediante la reconquista, una guerra que ha tomado la religión como bandera de identidad, y que no ha terminado sino con la derrota y la expulsión de los grupos árabe y judío. Esta ha sido «una cruzada

político-religiosa» (1916, p. 82). Pero la consiguiente expulsión de las minorías no cristianas ha repercutido grandemente en el estado del país. He aquí otro nuevo factor de decadencia: «la despoblación en la base árabe-judía del país»; pues, como dice en otra ocasión, «la exclusión violenta de las poblaciones árabe y judía, tuvo mucha parte en la ruina material y cultural de España» (1916, p. 101), y añade: «Pagó España esta injusticia con un progresivo aumento de su incultura y su miseria» (1916, pp. 101-2). Su idea es que estas minorías poseían técnicas y saberes de que carecía el grupo cristiano, y su expulsión, por tanto, no podía significar sino un empobrecimiento y una regresión general de la cultura del país.

Otra causa radicaría en el influjo ejercido por la Inquisición. Aquí, la «unificación del sentimiento nacionalista y el sentimiento católico», provendría según nuestro autor del sentido de cruzada religiosa que inspiró la reconquista. Tal unidad demandaría un instrumento que mantuviera la pureza de creencias, y habría propiciado el establecimiento de una Inquisición con plenos poderes. Esta impidió al cabo el pensamiento y la ciencia natural. «Los ‘Índices Expurgatorios’ impidieron que, por prudencia o temor, se cultivaran las ciencias naturales y la filosofía, siempre sospechadas» (1916, p. 100). Éste fue un factor más a causar «la decadencia cultural y social de los siglos siguientes» (1916, p. 82), aunque, como venimos viendo, «no explica todo» (1916, p. 101), sino que hubo muchas más causas combinadas entre sí.

También se menciona aquí el ‘parasitismo colonial’. Entrarían, pues, en juego ciertos hábitos psicológicos y sociales, aportando una luz nueva. En su opinión, el descubrimiento y colonización americanos habrían generado «hábitos de aventura y de parasitismo», «distrayendo del estudio y de la meditación, inconcebibles en hombres pobres y urgidos por el afán de dominio o la sed de riqueza» (1916, p. 105). La atracción americana habría favorecido un tipo de vida propio del aventurero y del parásito, al tiempo que impedía que se desarrollara un tipo humano más atraído hacia el conocimiento y la ciencia, tan esencial para el progreso social.

Además, se hace referencia a un «nacionalismo antieuropeo», que veía el mundo europeo como un peligro para los ideales nacionales. A ese propósito recuerda, acertadamente, la famosa prohibición de ir a estudiar fuera de España que decretara Felipe II en 1559, y que había de favorecer un alejamiento y pérdida de nivel respecto a nuestro entorno cultural. En fin, en último lugar se refiere a un imperialismo teocrático del que ya hemos hablado, es decir, el desarrollo de una política orientada a la defensa de unas creencias religiosas con desatención a las condiciones reales de los asuntos sociales y las políticas económica y cultural a que ya hemos hecho antes referencia.

El punto clave del proceso aquí parece que se halla en el surgimiento del Renacimiento, momento de separación de la trayectoria del imperio hispánico respecto de las de las naciones europeas del entorno. Entonces, como reiteradamente afirma

nuestro autor, es cuando la unificación nacional, y la censura religiosa terminan por frustrar una mentalidad naturalista y científica, que es la base de la modernidad.

Dice en cierta ocasión, a este propósito: «Mientras en Europa cundía el Humanismo con Erasmo y la Reforma iniciada por Lutero, que consolidaron el principio del libre-examen, los católicos de la España oficial tornáronse suspicaces y absurdos, confabulándose reyes y obispos en el trágico enloquecimiento anticultural» (1916, p. 106). Ese conflicto de mentalidades es lo que va a traer un esencial desnivel con Europa, donde primero triunfa el humanismo, y luego la ciencia natural.

En oposición a las nuevas corrientes naturalistas europeas, en la España moderna aparece una Escolástica en la que el jesuita Francisco Suárez sería el nombre de referencia, y de la que el estado teocrático imperante habría recibido un refuerzo ideológico y una justificación.

De esta forma se vendría a prolongar la ‘cruzada’ religiosa medieval contra los musulmanes, ahora redirigida hacia el complejo mundo de la reforma luterana. Ingenieros lo sintetiza así:

Por nacionalismo se empieza a odiar al extranjero, hasta aislarse de la civilización europea; por fanatismo se llega a repudiar las ciencias como artimañas de herejes. El Humanismo y las ciencias encarnan, como antes los moros, al doble enemigo de la patria y de la religión (1916, p. 106).

La sociedad española, según esto, habría asumido la defensa cerrada de la religión, dando apenas cabida a ciertas formas limitadas de disentimiento y heterodoxia, que vivirían escindidas del tronco general. «Desde el siglo xvi, –añade– coexisten esas culturas antitéticas: dos nacionalidades dentro de la misma España. La una siempre dominante, prolonga la Edad Media en los tiempos modernos y sobrevive todavía. La otra, siempre vencida, lucha por el renacimiento y la europeización cultural... la España de ayer, y la España de mañana. La verdad revelada y el libre examen; la fe dogmática y la filosofía fundada en la experiencia» (1916, p. 157). Ingenieros ofrece aquí la fórmula que iba luego a tener tanta vigencia en la historiografía reciente, la idea de ‘dos Españas’ (Figueiredo, 1933; Menéndez Pidal, 1951) para configurar una tensión permanente entre un vector de progreso, y otro de confesionalidad conservadora. La decadencia de la nación aparece así enlazada a una división profunda de su ser, fruto del conflicto entre mentalidad ‘teocrática’ y mentalidad ‘científico-técnica’ positiva, entre aislacionismo y europeísmo.

Este es el cuadro complejo, dramático, de la España moderna que ofrece el libro, con abundantes nombres de segunda y tercera fila, indicadores de un conocimiento profundo. Pero no se trata de un puro ejercicio de erudición. Ingenieros va a mostrar

que ese proceso mantiene un esencial vínculo con la propia historia del país argentino. Y esta es la última pieza del trabajo.

RAÍCES FILOSÓFICAS DE LA HISTORIA ARGENTINA

La historia de la filosofía y la cultura españolas no es un círculo cerrado sobre sí mismo. Como acabamos de ver, Ingenieros afirma que toda esta evolución cultural que venimos examinando tiene una conexión directa con la historia argentina. Considera, en efecto, que hay un trasfondo ideológico que alienta en todo el proceso de su independencia, desde el alzamiento de 1809 hasta su constitución como nación dueña de su suelo y de su destino. Esa lucha por la independencia, en cierto modo, habría sido también una lucha frente a la monarquía *teocrática* española, y a favor del establecimiento de la libertad, el librepensamiento y la democracia política, como bases del nuevo sistema de convivencia. Esto es lo que acaba de dar sentido al estudio precedente.

En varios lugares, y con extensiones muy diversas, ha plasmado nuestro autor su visión del proceso histórico de constitución y desarrollo de la *argentinidad*, esto es, de la realidad peculiar y propia de la nación argentina. Me referiré aquí a su ensayo *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*, un escrito de 1914 que guarda muchos puntos de contacto con el que venimos examinando sobre la filosofía española. Posiblemente es el mismo que su autor cita aquí, al hablar de Carlos III, aunque hay una pequeña variación en el título, tal vez un pequeño error al mencionarlo (Él lo titula «El contenido filosófico de la cultura argentina» (1916, p. 165), y el texto que analizamos habla de ‘direcciones’, en vez de ‘contenido’; conceptualmente parecen ser cosas idénticas).

En su opinión, con la conquista y colonización españolas que siguieron al descubrimiento —recordemos que en 1516 tiene lugar la llegada de Juan Díaz Solís al Río de la Plata, y en 1536 Hurtado de Mendoza fundó con solemne rito la ciudad de Buenos Aires—, la corona impulsó el establecimiento de una mentalidad inspirada en el teocratismo, con todos los gérmenes culturales que le eran propios. «Junto con la civilización europea llegó a América uno de los sistemas de ideas generales existentes allende el Atlántico: la segunda escolástica». Y añade: «Expulsada de Europa por el Renacimiento, esta filosofía fue a agonizar en la España teocrática unificada bajo la hegemonía de Castilla, durante el periodo que corre desde los reyes católicos hasta el reinado de Carlos III» (Ingenieros, 2000, p. 7). Sin duda es esa ‘tercera escolástica’, que ya conocemos sobradamente.

Intelectualmente, el foco decisivo de esa cosmovisión vino a serlo la universidad de Córdoba (1613), que sería la institución que «sintetiza el pensamiento hispanocolonial» (2000, p. 13). En ella habrían llevado adelante los jesuitas una considerable

labor a favor de la consolidación de las ideas tradicionales. La revolución, en cambio, iba a buscar su inspiración en las ideas propias del europeísmo, el enciclopedismo y la revolución francesa. De ahí vendrían «el carácter antiespañol y antiescolástico de la ‘argentinidad’ naciente» (2000, p. 15).

Así, toda una serie de figuras de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, como Miguel Lastarria, Mariano Moreno o Manuel Belgrano, (Id., pp. 23-25), conocen y difunden ideas políticas y económicas del enciclopedismo, propagan el *Contrato Social* de Rousseau, y desarrollan un europeísmo que iba muy por delante del español, y que iba a propiciar un distanciamiento cultural respecto de España y una orientación atenta hacia la cultura francesa.

La evolución cultural en metrópoli y colonia, en los días de Carlos III, sería por tanto análoga, sólo que con distinto final: el europeísmo habría resultado exitoso en la Argentina, mientras que vino a ser derrotado en España. De esta suerte, la comprensión de la filosofía española que hemos examinado parece ir guiada no sólo por el propósito de comprenderla, sino también por el de descubrir las raíces de la propia ‘prehistoria’ argentina, si vale decirlo así, comprendiendo las propias tensiones como resultado de aquellas otras de la historia española, que han condicionado la política y la cultura de aquella sociedad. Además, también se trataría de dar en estas páginas un cierto apoyo y respaldo a los nuevos movimientos europeístas que, según pensaba Ingenieros, estaban surgiendo en España y que trataban de recuperar a un tiempo el contacto con Europa y la comprensión de las minorías argentinas, a fin de restablecer la cooperación y la proximidad afectiva e intelectual a la altura de los tiempos.

LOS INTENTOS DE COOPERACIÓN. EUROPEIZACIÓN Y AMERICANIZACIÓN

En su análisis de la filosofía española distingue Ingenieros dos movimientos recientes en España, de cuya significación toma nota. Uno es el que busca promover la «europeización» española (1916, 162); el otro, el que aspiraría a «la reconquista espiritual de los países sudamericanos» (1916, p. 184).

El primero, según él, quedó vencido tras el reinado de Carlos III, sin embargo, estaría ahora tratando de restablecerse, y se habrían ya dado pasos en esa dirección. Europeización «no significa imitación servil; significa nivelamiento» (Id. p. 162). Ello querría decir que se trata de incorporar una mentalidad que se apoye en la experiencia, que adopte los métodos de la ciencia natural, y sobre todo, que construya ideales que fortalezcan «la dignidad en el hombre y la justicia en la nación» (2000, pp. 4-5). En España parece que llega la hora de la europeización, de la recuperación niveladora, que restablezca los lazos con el resto de las naciones desarrolladas. «El desastre de 1898 provocó un despertamiento de la conciencia española, por tres

siglos adormecida» y, como resultado de todo ello, parece que «síntomas hay, muy alentadores, de que la europeización de España está en vías de realizarse: por la Ciencia y por el Trabajo» (1916, p. 223).

Pero además, alude a la existencia de unos grupos que, en España, querían promover una recuperación del entendimiento con el mundo hispanoamericano. Buscarían impulsar una cierta «reconquista» espiritual, desde la cooperación y la comprensión respetuosa. Ingenieros se hace eco de las opiniones críticas de tres figuras notables, Unamuno, Altamira y Adolfo Posada, que, aunque partidarios de ese acercamiento, se dan cuenta de la distancia que todavía hay entre el nivel español, aún mediatizado por la Iglesia y necesitado de una reconquista propia, y el nivel del mundo americano, con problemas y tendencias muy diferentes (1916, 184-186 n).

Pero es lo cierto que el propio Ingenieros representa ya un cierto ejemplo de aproximación entre ambas comunidades, como lo muestran sus palabras y sus obras. Él mismo iba a ser un activo defensor de la realidad sociocultural latinoamericana, que no quería ver absorbida por el coloso norteamericano. En esa línea, la restauración de algunos vínculos con la España progresista podía ser un paso positivo. Ingenieros había encontrado en España un campo excelente donde editar sus libros científicos y sus reflexiones filosóficas. También por esos mismos días otros autores argentinos, como Carlos Octavio Bunge, publicaban aquí algunas de sus obras, a la vez que se ponía en marcha en Buenos Aires la Institución Cultural Española, tribuna destacada para las personalidades más distinguidas del mundo español, y Miguel de Unamuno multiplicaba sus ensayos sobre autores americanos, acercando sus nombres a los lectores peninsulares.

De este modo, al presentar en la Argentina un cuadro detallado, inteligible y riguroso de la cultura española, su autor estaba contribuyendo, a nuestro juicio, a tender nuevos puentes culturales entre los dos países, a la vez que mostraba explícitamente la interdependencia de las situaciones presentes con la común historia de los siglos de la modernidad, y el esencial papel histórico que la ciencia y la razón han de tener en el progreso de nuestras sociedades.

CONCLUSIÓN

A la vista de las reflexiones precedentes, parece claro que José Ingenieros fue una personalidad muy sensible a los desarrollos históricos y sociales de las sociedades hispanoamericanas, y que dedicó tiempo y esfuerzo a comprender las claves de su evolución.

Advirtió, como no podía ser menos, las estrechas relaciones que la historia argentina ha tenido con la historia española, no sólo en el plano de los avatares políticos, sino en el más profundo de la evolución de las mentalidades colectivas.

Formado en el círculo del positivismo, tras una primera etapa de interpretación naturalistas de los comportamientos, parece haber asumido una idea más histórico social de la evolución humana, aplicado a la comprensión histórica el esquema clásico de la ley de los tres estados que formulara Augusto Comte para la evolución social —el sucesivo paso de un estado teológico, a otro metafísico, y al fin, a uno final positivo, ya inspirado por la ciencia y la razón—. Ello le iba a permitir obtener unas interpretaciones clarificadoras del proceso histórico, tanto en el caso de la cultura española como en el de la propia de la Argentina. Una clave esencial para la comprensión del devenir de ambas sociedades residiría, precisamente, en los conflictos entre mentalidades situadas a distinto nivel de positividad en el proceso evolutivo.

En el mundo moderno, tras un nivel medieval de mentalidad ‘teológica’, que las escolásticas, cada cual a su modo, habrían podido ejemplificar, los pueblos europeos habría ido progresando hacia la etapa metafísica, y al cabo, a la situación científico positiva, con un creciente dominio de la ciencia y la experiencia en la resolución de dificultades y conquista de la naturaleza. Mientras tanto, España y su imperio habrían permanecido largamente anclados en aquel estadio primero, con una teocracia que hallaba su fundamento en una filosofía escolástica abandonada en otras partes, y aquí consolidada. Piezas claves de esta interpretación.

La revolución y la independencia argentinas habrían impulsado, no sin resistencias, la formación de una nueva mentalidad ya instalada en ese estado positivo, desde comienzos del siglo XIX. Y sería ahora, a comienzos del siglo XX, cuando, aún de modo germinal, ese proceso de europeización y nivelación estaría cobrando fuerza en España, con sus resistencias y limitaciones naturales.

Al contemplar la historia desde el proceso general de la evolución de las mentalidades, se hace inteligible su devenir, y se evidencia la existencia de una cierta comunidad o analogía de instalación entre Argentina y España, así como las posibilidades de una actitud cooperativa y colaborativa entre ambas sociedades, que podría beneficiarlas conjuntamente. Mientras otros intelectuales y políticos de la nación argentina se sentirían atraídos por el creciente poder y eficacia de la sociedad y la cultura norteamericanas, Ingenieros habría orientado sus preferencias hacia una consolidación del círculo hispanoamericano, cuyas mentalidades habrían experimentado desarrollos bastante parecidos.

A través de la evolución, el hombre domina el mundo fenoménico en torno, consolida su adaptación y supera las ideologías para ajustarse a la línea del progreso de la especie. El conocimiento de nuestro pasado debería en todo caso contribuir a potenciar el triunfo de la mentalidad positiva en nuestras naciones. Las hondas raíces comunes, y las semejanzas de nuestros devenires, podrían ser elementos básicos para una cooperación que consolidara en nuestras culturas el establecimiento de una mentalidad positiva, guiada por la ciencia y por ideales sociales humanitarios

REFERENCIAS

- Ardila, R. (1971). *Los pioneros de la psicología*, Buenos Aires: Paidós.
- Bagú, S. (1963). *Vida de José Ingenieros*, Buenos Aires: Eudeba.
- Carpintero, H. (1993). Relaciones entre España e Iberoamérica en el campo de la psicología, *Interacción social*, 3, 25-46.
- Castro, J. y Blanco, F. (1998) José Ingenieros en la historia de la psicología española: Una Reflexión desde Argentina sobre las relaciones entre psicología e identidad tras la crisis del 98. *Revista de Historia de la Psicología*, 19, 189-202.
- Figueiredo, F. (1933). *Las dos Españas*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela.
- Ingenieros, J. (s.f.). *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*. Valencia: Sempere.
- Ingenieros, J. (1916). *La cultura filosófica en España*. Madrid: Colec. Cervantes.
- Ingenieros, J. (1914). *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*. (reimp. Madrid: El Aleph, 2000: <<http://www.educ.ar>>).
- Klappenbach, H. (1999). La recepción orteguiana, Alberini y la renovación de la psicología argentina a partir de los años veinte, *Revista de Historia de la Psicología*, 20, 87-95.
- Laín Entralgo, P. (1978). Cajal por sus cuatro costados, en Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) *Expedientes administrativos de grandes españoles*, Madrid, Ministerio de Educación Nacional, I, 17-66.
- Menéndez Pidal, R. (1951). *Los españoles en la historia y en la literatura*. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina.
- Papini, M. (1985). La concepción de la psicología comparada de José Ingenieros, *Revista de Historia de la Psicología*, 6, 61-78.
- Ponce, A. (1977). *José Ingenieros. Su vida y su obra*. Buenos Aires: Axioma Editora.
- Soler, R. (1968). *El positivismo argentino*. Buenos Aires: Paidós.
- Vezzetti, H. (1988). *El nacimiento de la psicología en la Argentina*, (Antol.), Buenos Aires: Puntosur.

Artículo recibido: 26-03-15

Artículo aceptado: 14-05-15

